



**SARA
GARCÍA-PERATE**

**Empezó en
Portobello road**



I Premio Oscar Wilde de Novela Breve



Ediciones
Irreverentes

SARA GARCÍA-PERATE

EMPEZÓ EN PORTOBELLO ROAD

Ganadora del I Premio Oscar Wilde de Novela Breve

Colección Cercanías
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De la obra: © Sara García-Perate

Mayo de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-86-6

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Diseño de cubiertas y composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España

NOTA DE AGRADECIMIENTO

Quisiera contarle a usted lector que en este momento se encuentra a punto de comenzar a leerme, que todo libro o novela es el resultado de un esfuerzo conjunto, no sólo de un escritor/escritora. Y en ese esfuerzo quiero dejar constancia de los nombres que son y han sido claves para que este estreno tuviera lugar. En primer lugar nombraré a la escritora Sasi Alami, cuyos consejos y Talleres de Escritura Creativa son de verdad una luz en el camino, la libertad y confianza por ella otorgada hacia mi trabajo, en el programa de radio «La Vida es Bella», son uno de los ejemplos que logran sacar lo mejor que hay en mí, hacia usted. En segundo lugar, a Ediciones Irreverentes, que intenta ofrecer no sólo la mejor calidad, sino que logra que un escritor vuelva a creer en salir de la periferia. A mi editor, Miguel Ángel de Rus, por sus alas entregadas y por mí recogidas, has conseguido con tus consejos, que esta novela consiga su posición de «entidad». Gracias por tu disposición humana y serenidad. Gracias Mar, por tu paciencia y capacidad de comunicación. Y a todo el equipo que participa en la edición de este libro.

En un plano más pequeño aunque no menos importante, a mi familia y amigos por estar ahí y soportar las incontables lecturas hasta atreverme a intentar publicar. A todos vosotros con cariño, os dedico este primer libro.

Un sábado del mes de abril a mediodía, un caballero enjuto y de buen porte descendía por las abarrotadas calles de Golborne Road distraído su mirada en el fulgor de un gentío fascinado por la variedad de étnias, productos y colores ofrecidos en cada tenderete, con los cinco sentidos despertando a la alegría de un nuevo día que se presentaba soleado, diferente. Esa mañana, quería volver a recorrer las antigüedades que tanto gustaba en admirar pero que su indeciso comportamiento en ocasiones le impedía llevarlas a casa. Imbuirse en el murmullo de palabras que a sus cercanos oídos llegaban lejanas debido a la abstracción de la variedad brindada.

Sus trancos le llevan a detenerse en un escaparate de antiguos mapas de olvidados trazados y borradas sus fronteras, una voz a lo lejos resuena un tono más alto en la recepción, un vendedor de alfombras llama con una insistencia que obliga a extraviarse y dejar de lado intenciones. El afable caballero, animado por la curiosa combinación de palabras mal formadas pero soltadas con inusual gracia, le llevará a su puesto en el conocido mercadillo de Portobello Road.

Mientras sus pasos casi sonámbulos le van acercando, el influjo colorido de una bella alfombra de pelo largo y vivos colores está a punto de seducirlo. La contempla intentando disimular su interés, comienza su diálogo con el astuto comerciante.

PELTON Y EVE

—¿Cuánto pide por ella?

—260 libras, señor, por una alfombra que evoca los mejores sueños.

—Sus colores realmente llaman la atención y sus dibujos me atraen.

Le ofrezco 200 libras y me la llevo.

—Señor, 260 libras es realmente una ganga —asegura el vendedor.

—¡Un momento! —aparece una señora.— Esa alfombra tiene que ser mía.

—Señora, me temo que ya hay una oferta en firme ¿No es así?, —el dependiente me mira buscando confirmación—. Cerramos en diez minutos, les aconsejo que se decidan cuanto antes.

—¿Cuánto le han ofrecido? —vuelve a preguntar la señora dirigiéndose al vendedor.

—Si me permite que me presente, soy yo el que quiere comprar ésa alfombra y hemos llegado a un acuerdo —me apresuro a interrumpir.

—Le doy el doble por ella —insiste la mujer. Me temo que usted no comprende que es muy importante para mí, —nos dirige a ambos la mirada—, tiene que ser mía, se lo ruego, señor, 520 libras es un magnífico precio. —Su voz era firme y segura. —Estoy convencida que no va a poder rechazar y menos quedando tan poco tiempo, como usted bien nos ha informado, para cerrar. —Esta vez sostenía la mirada del vendedor intentando constatar que en los tiempos que corrían no podía permitirse escrúpulos sobre quien pujó en primer lugar.

Quedé capturado por la voz de la misteriosa mujer que parecía encontrarse en un apuro en lugar de adquirir algo bello y decorativo.

—Sr. Pelton perdome mi despiste, le tendí la mano presentándome con cordialidad, la alfombra es suya pero a cambio, ¿Qué tal si me cuenta el por qué de tanta urgencia tomando un café? Invito yo.

La señora me mira no muy convencida pero accede a mi invitación. Caminamos dejando atrás el encantador mercadillo de Portobello Road y entramos en una cálida taberna de taburetes de madera y sillones de piel donde los camareros extraían la cerveza de unos barriles de cobre y los clientes parecían tomarse muy en serio la bebida. Nos sentamos en una mesa un tanto retirada de la entrada y pedimos nuestros cafés a unos sorprendidos camareros que animaron joviales a adornarlos con un chorrillo de su mejor Whisky.

—Me llamo Eve —se presentó la misteriosa mujer que me había cautivado por su voz— y le agradezco su gesto. ¿Por qué quería usted comprarla?

—Me atrajo la viveza de sus colores y el dibujo me atrapó. Sentí en el estómago algo inquietante pero atractivo al mismo tiempo. No hablemos más de mis gustos, interrumpí brusco el hilo de mi pensamiento. Estoy realmente intrigado por su urgencia.

—Es un recuerdo de familia que me ha costado mucho encontrar. —La miro no muy convencido y ella cede. —Le voy a contar esto porque usted se ha portado bien conmigo. Verá, dónde usted ve colores y dibujos yo veo un mensaje. Un mensaje que en mi caso puede salvar una vida. No puedo explicarle más, pero créame que es mejor así. Apuré su café y añadí, lo siento pero debo marcharme. Gracias otra vez.

La observé salir a toda prisa. Volvía a mi casa sorprendido e inquieto, no dejaba de repetir mentalmente su última frase; «dónde usted ve colores yo veo un mensaje». Ya no podía disfrutar de ése ambiente que tanto me agradaba en detalles del barrio de Portobello Road; sus pequeños cafés, sus estrechas casas blancas mezcladas con edificios que parecían haber sido copiados a modelos de otros tiempos más severos. Pero la mezcla me cautivaba. Entré en mi apartamento pensando en ella. Su voz me había resultado no sólo cautivadora sino que había sentido un inmenso deseo de besarla. Intentaba rememorar los detalles de nuestro

encuentro casual: el vendedor, ésa alfombra de pelo largo y vivos colores. Me aventuré incluso a hacer un dibujo de ella, trataba de no dejarme ningún detalle para intentar ver el mensaje que la misteriosa Dama afirmaba encerrar.

Tenía una cita en el Albert Hall por la tarde que no quería perderme. Representaban una de mis óperas favoritas, Madame Butterfly. Dejé el esbozo y preparé una comida frugal ya que sólo restaba una hora de descanso antes de vestirme para la gran cita.

Pude anticiparme en unos minutos en llegar al teatro. Mi palco se encontraba en un lugar que consideraba estratégico para no perder los detalles tanto de la representación como del público al que me encantaba observar con unos anteojos. El primer acto, había comenzado. Advierto un cierto nerviosismo a pesar de haber seguido mi rutina, algo había cambiado sin saber realmente. Siento la música latir en mi cuerpo. Estoy más concentrado quizás que en mis últimas ocasiones. Contemplo cada detalle de la historia como si fuera propia. El momento en que un hombre en apariencia corriente, se ve arrastrado por el influjo de una voz que le habla al corazón despertando en él una pasión prohibida. Cojo distraído los anteojos y los paseo por la platea central sobresaltándome la visión de una mujer. No es posible esta maravillosa coincidencia, reparo en la particularidad de su vestimenta; un elegante vestido de satén dorado con un finísimo tirante cruzando el cuello, unos pendientes largos con perlas y brillantes realza la esbeltez de su nuca. Estudio ahora a su acompañante; un hombre robusto y algo canoso que desentona al lado del espíritu refinado de aquella dama que me había hipnotizado esa misma mañana. Y como si pudiera adivinar que está siendo observada, gira la cabeza buscándome, pero antes que termine el segundo acto ella parece inventar una excusa al oído de su acompañante, que con una mueca de disgusto accede a la demanda de marcharse.

Cuando regreso a mi apartamento, del bolsillo de mi chaqueta de etiqueta saco satisfecho el teléfono móvil que contiene una foto de la pareja lo suficientemente clara como para posibilitarme el acceso a un poco más de información. Suena el teléfono, sobresaltado respondo, una voz artificialmente modulada anuncia un paquete en la puerta de entrada.

Al abrir el sobre con manos temblorosas, descubro que alguien nos había estado siguiendo. Dos fotografías que quedarían grabadas en mi mente: la primera Eve y yo en el mercadillo en el momento de la compra y otra, en la que nuevamente los dos estamos sentados en la mesa del café. Al levantarme nervioso, mi móvil cae contra el suelo de mármol resquebrajando su pantalla, un solitario vecino escucha sin parar la banda sonora de la película *Mentes Peligrosas*, lo que no ayuda a tranquilizar mi agitado humor. Cierro todos los focos del apartamento y reviso los pestillos de puertas y ventanas. Un sudor frío me recorre el cuerpo obligándome a sentarse a los pies de la cama. Con lentos movimientos comienzo a quitarme la ropa de etiqueta que había llevado a la ópera. Con una lupa en la mano y las fotografías en la otra me recuesto en los cómodos almohadones de mi comfortable cama sintiendo una extraña mezcla de emociones; mi espíritu está inquieto mientras que mi cuerpo se halla verdaderamente excitado.

PAUL Y EVE

—Te he conseguido lo que me pediste, ahora cumple tú con tu parte del trato. Hablé sentada en un sofá grande y de tonos marrones en el despacho de Paul.

—No tan deprisa querida, me parece que el encargo no lo has traído contigo, sólo tu promesa de haberla encontrado —aseveraba con sonrisa burlona paseando sus dedos entre mis delgados muslos. —¿No pretenderás hacerte la traviesa con tu querido Paul, verdad? Niego con la cabeza empezando a intuir problemas para llevar a cabo mi propósito.

—Primero querido Paul, le contesto en un tono meloso, no me has dado ninguna prueba de haber conseguido con las autoridades afganas el traspaso de mi hermano Frederic. Eres un hombre de mundo además de poseer contactos como diplomático en funciones (entreabro un poco mis muslos por si no le había quedado claro que llegaría hasta el final para resolver el asunto) estoy convencida que sabrás cómo llegar hasta él y entre los dos podremos ayudarte mejor a resolver el enigma que encierra su dibujo. Sabes tan bien como yo que Frederic posee la clave y aunque intentaras hallar un experto, sólo te daría la respuesta de un jeroglífico sin sentido.

Paul ya me cerró con un efusivo beso y sus manos aceleraban mi pulso jugando entre mis piernas arrancando lo más parecido a un gemido de placer. Me dejaba arrastrar llevada más por las emociones del día que por unas ganas reales de hacer el amor en esos momentos. El encanto de Pelton no me había dejado indiferente. Continuaba quitándome las prendas íntimas, imaginaba sin saber por qué, que al que desabrochaba los pantalones no era a Paul sino al misterioso caballero. Arqueando aún más mi cuerpo para incitarlo a continuar, le susurro al oído que

entre dentro de mí. Paul sonríe hinchado de deseo y se deja llevar dentro arrancándome el gemido de un auténtico clímax.

Intentaba disimular bajo una máscara de firmeza el miedo que se había apoderado mí; por un lado, sabía que Paul necesitaba a Frederic y que no cometería ninguna tontería que realmente pudiera perjudicarlo por el momento. Pero de no regresar Frederic a tiempo...un estremecimiento recorrió mi espalda. ¿Te encuentras bien querida? Paul parecía haber suavizado su voz inquisitiva del comienzo. Ahora era él quien trataba de no inquietarme demasiado para que su objetivo tuviera el fin que se había propuesto: —eres tan hermosa, musitaba. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias quizás podría haber llegado a gustarle de verdad. Quizás igualmente lo intentara. Le sonreí tratando de demostrar que había sido sincera hace unos momentos, mientras él continuaba jugueteando con mis senos por si la suerte volvía a envolvernos.

PELTON Y ANNE

Hoy era otro día de esos que disfrutar: cuando al pasear por las calles de mi barrio se escuchan cánticos en las iglesias y las tiendas ponen su cartel de cerrado por descanso.

Contestaba a la gente que debido quizás al soleado día saludaba con más entusiasmo. Cogiendo el metro en Notting-Hill Gate, me dirigí a la estación de Bond Street donde mi amiga Anne estaría esperando para contar las últimas novedades de su trabajo. Era una mujer de recursos, preparada tanto en la captación de nuevas tendencias en arte y publicidad que ejercía como ejecutiva en la conocida Galería Saatchi y que los clientes adoraban por sus maneras encantadoras de adornar con historias interpretando la parte no implícita de cada obra. Anne era una de esas amigas que a los hombres como yo, nos gusta conservar por su simpatía y su disposición a un eventual roce. Saludándome con un efusivo abrazo por la alegría de no habernos visto en una semana, le relato mi encuentro con la misteriosa señora del mercadillo pero sin querer revelar su nombre para no demostrar demasiado interés.

Continuamos paseando cogidos del brazo hasta llegar a Green Park y cargados de cacahuets dimos de comer a las encantadoras ardillas que salían a nuestro paso disfrutando de ese olor a naturaleza limpia que emana de unas frescas gotas de rocío.

Encontramos un pequeño corner donde tomar un café; momento que aproveché para tratar de cogerla de la mano en un intento de acumulada tensión por mi falta de contacto con una mujer y mis fantasías de la noche anterior. Con la otra mano, saqué el dibujo de la alfombra por si ella hacía algún comentario que me ayudara a continuar descifrando la frase que había soltado Eve la mañana anterior. Ella retirando sutilmente su

mano, pero con una mirada de quizás más tarde, me habla de su amigo Leonard que casualmente debía de llegar de Afganistán en dos días y cuyo interés por todo lo relacionado con los símbolos decía, podrían acaso aportar alguna pista al croquis que había despertado el misterio. Estaba segura, le pondría al corriente sobre el significado creativo que imprimen los artistas afganos dedicados a la manufacturación de alfombras.

II

Cuando Anne reanudaba sola su camino de regreso al apartamento en Wellbeck Street decide pasar por su acostumbrada tienda de flores cuyo aroma le gustaba tanto sentir, una gitana le sale al paso regalándole una rosa negra, un detalle que a ella le parece cool y que al entrar en casa decide colocar en un jarrón del salón de su iluminado apartamento. Mirando el croquis de su amigo Pelton, su boca se tuerce en una expresión entre la intriga y el desconcierto ya que su intuición había comenzado a funcionar dentro de su subconsciente.

PAUL

Me encontraba reunido la mañana del lunes para resolver asuntos que le cernían a mi gobierno. Mi trabajo como mano derecha del Ministro del Interior llevaba más tiempo del que gustaría en buscar atajos ante casos difíciles; se suponía que no debía mantener ninguna posición política definida, en mi trabajo intervenían también las labores de difusión cultural que diestramente convertía en mediáticas ante la menor ocasión, pero soñaba con más. No quería desaprovechar las ventajas que suponían un puesto como el mío, mis relaciones sociales abarcaban hasta donde el mundo pusiera límites y esa influencia me estaba llevando en esta ocasión a no pasar por alto una oportunidad económica; el encargo de encontrar la alfombra que había regateado tan oportunamente Eve en el mercadillo del sábado. Una operación en la que no había formulado preguntas, que en cualquier otro momento no me habría atrevido a pasar por alto. Pero las condiciones fueron claras; treinta millones de libras por mantener silencio, que el objeto llegara a sus manos sin preguntas ni cabos sueltos por el camino y debía de hacerlo antes de terminar la semana.

Quizás había presionado más de lo debido a Eve, pero ella forzaba también por su lado y no se conformaría si no traía a Frederic de vuelta a Londres. Las cosas no estaban saliendo como esperaba, sacarle de la cárcel resultaba aún más enojoso tratándose de un periodista y ¡del London Universal Post! El trabajo de búsqueda del Mullah Ahmed que Frederic realizaba en tierras afganas para su periódico, según me habían adelantado mis fuentes, se había convertido en el punto de mira de los servicios de inteligencia británica por su colaboración con el periódico al pasarles información verídica al tiempo que eficaz. Y de todos los

que podían haber estado en su pellejo, justo tenía que coincidir. Aunque bien mirado, negociar casos de extradición de rehenes también podía hacerme ganar puntos, que fuera el propio gobierno el que requiriera de mis servicios, ese detalle haría concentrar todos los medios en mi persona. Tenía que hacerlo, había llegado a un acuerdo y el dinero sería ingresado en una cuenta a la entrega del objeto. Una cuenta que Eve había conseguido que la hiciera apoderar sólo en caso que se torcieran las cosas y su nombre pudiera salir comprometido. Levanto el teléfono para llamar directamente a Afganistán mientras el nerviosismo comienza a apremiarme. He enviado a mi secretaria en el momento justo a comprar comida y de paso, hacerme algunos recados personales que la mantendrían al menos durante una hora fuera de la oficina. Un ruido en la línea aumenta mi ansiedad, espero que el número facilitado por el grupo con el que preparaba el negocio fuera directo al despacho del oficial apropiado. Aclarándome la garganta, inicio el diálogo con la cárcel de Ajmabalat.

Pasados los momentos de tira y afloja por el rehén, del que no querían desprenderse para asegurarse una información vital, cambian de parecer cuando pronuncio el nombre del cabecilla con el que había realizado el trato. Fue suficiente para conseguir el sí.

III

Pero el hilo era demasiado delgado en su trama, acostumbrado como estaba Paul a realizar malabarismos políticos era una cosa, lograr por medio de Eve la respuesta a la demanda negociada era otra. Y más tratándose de un corresponsal, el London Universal Post no iba a cruzarse de brazos cuando advirtiera que Frederic había sido liberado pero retenido al mismo tiempo. Sin embargo, esto le dejó cavilando aún más preocupado por la importancia que surgía de los personajes implicados.

FREDERIC

Era conducido por los pasillos mugrientos de la cárcel de Ajmabalat, en Afganistán. Mi cuerpo estaba cansado, los miembros entumecidos después del encierro de una semana en la celda de castigo escuchando frases sueltas de un idioma que a pesar de no dominar su jerga, unía consiguiendo un hilo de artículo como corresponsal especialista en temas bélicos para el London Universal Post. Me hicieron un encargo muy concreto; conseguir datos de las milicias escondidas en las montañas. Querían noticias del famoso Mullah Ahmed que según sus informes había reunido a 45 mujaidines especializados en acciones de secuestro y terrorismo y cuyo historial asesino ponía los pelos de punta a los imperturbables agentes de inteligencia británica. Pero en ese intento de recabar información fui descubierto por no seguir todos los consejos de ser precavido. Me había acercado demasiado, siendo atrapado por los propios mujaidines sin posibilidad de dejar alguna pista de mi paradero que sirviera al periódico. Dudaba si ellos estarían dispuestos a pagar el precio requerido para facilitar el rescate.

Soñaba con cosas sencillas; una ducha caliente, el sueño reparador de mi cama. El café por la mañana... el recuerdo de su olor profundo me hacía olvidar durante unos instantes dónde me encontraba. Iba hacia la sala dónde estuve la última vez antes de ser encerrado en una celda de castigo. Pero esta vez no paraban allí. Para mi sorpresa pasaron de largo. La tranquilidad dio paso a un miedo casi frenético ante el nuevo suplicio que creía me sería infligido en unos momentos. El escenario era parecido al de un interrogatorio pero la actitud del oficial era diferente. Temblaba mientras trataba de disimular lo imposible. Me obligaron a sentarme. Con ira contenida el oficial se aproxima para mirarme tan próximo que su aliento pestilente me revolvió aún más las tripas. Apretando los dientes, el oficial comunica que voy a ser liberado. El

resto, dejo de oírlo debido a la impresión de la noticia. Abro y cierro los ojos mientras siento los fogonazos de luz de la habitación. Las imágenes se van volviendo grandes y deformadas. Estoy a punto de perder el conocimiento mientras lucho con la respiración para que no suceda lo que parece inevitable. Miro la hoja que han puesto por delante en la que destaca un gran sello rojo con letras negras y una palabra que ya no podré olvidar; Libre. El oficial y dos guardias se encuentran rodeando mi silla tendiéndome un bolígrafo en una postura casi amigable, firmo la hoja siendo abandonado a mi suerte en la puerta de la cárcel donde había permanecido las últimas dos semanas. Miro en derredor, pero no reconozco el entorno. Camino en dirección norte. A los cinco minutos, un coche con lunas tintadas para a mi lado. Un hombre con turbante blanco, bigote pequeño y mirada despreciativa habla desde la ventana; —Paul me envía, debes venir con nosotros. Te hemos preparado un nuevo pasaporte y un visado de salida para Inglaterra. Tu avión sale dentro de dos horas. No hay tiempo que perder. Tienes que ser alguien importante para que hayan movido tantos hilos para encontrarte, inglés. —Fue su único comentario.

Sin atreverme a contestar quedo pensando; Paul me envía, pero yo no conozco a ningún Paul, me extrañé. ¿De qué irá todo esto? ¿Habrá intervenido mi amigo editor, Ricardo? Pero estoy libre ¿no? ¿Qué importa entonces quién haya intercedido? ¿Por qué me preocupo? Creo que este tiempo encerrado me ha dejado un poco paranoico. Termino las cavilaciones sonriendo por la locura de los pensamientos y me dirijo a los servicios del aeropuerto pidiendo un poco de intimidad para cambiarme de ropa, mientras trato de asearse con una pastilla de jabón que parecía que iba a lograr lo contrario a la limpieza. Pero libre al fin. No puedo creer mi buena suerte, miro desconfiadamente mientras me dirigen al avión e impaciente, tropiezo con la escalerilla de subida. Abrocho el cinturón exhalando un suspiro de satisfacción y caigo en un profundo sueño.